

asomo ni mezcla de mal alguno. Se hubiera publicado de todas maneras, aunque no se hubiera muerto, por deseo de ella y mío al mismo tiempo, pero ahora que no nos oye, aunque con la conciencia de hablar en su presencia, debo decir que era muy ocurrente y sentida, era como una niña sin juguetes que espera continuamente el paso de la cabalgata de los Reyes Magos, con muchas ganas de subirse a la carroza pero con no menos temores de ser atropellada. Su atrevimiento era aparente, muy de boquilla, tradicional y natural en un establecimiento tan concurrido de personas dadas a la fantasía.

Nació y se crió en la plaza, como Juanillo, donde la vida infantil tiene menos independencia y se desenvuelve entre los mayores desde el principio, cosa poco conveniente, por lo cual fueron camareros sus hermanos cuando el serlo no se consideraba oficio ni ocupación compensadora y apetecible, sino relajante y aún corruptora. Y por eso también se casó con Pepe que era otro casinista asiduo como ninguno de su casa.

Alguna adustez accidental y ciertos radicalismos de expresión muy placera, le venían en parte del aire familiar, pero también y sobre todo de conocer las segundas intenciones de sus interlocutores.

Durante bastantes años ha tenido la palma de la mayor antigüedad en la plaza, llegando hasta el fin con laboriosidad y alegría juveniles. Noventa y dos años de servicio activo en la plaza constituyendo un símbolo de la misma. En otras épocas de más hondos sentires, la plaza entera se hubiera puesto de luto para despedirla, pero la sombra de su presencia seguirá perdurando en el recuerdo de los placeres, como perduran las de la tía Martina, la de la María Manuela, la de la Picuca, la de la Cayetana y la de la Relojera, que ¡qué lástima que no supiera hacer cesáreas con la falta que te hizo! Pero a otra vez será, porque Dios te seguirá conservando el vigor, el optimismo y la alegría para hacerle frente a la vida eternamente.

